

Carolina Pizarro. *Nuevos cronistas de Indias. Historia y liberación en la narrativa latinoamericana contemporánea*. Santiago de Chile: IDEA, Universidad de Santiago de Chile, 2015, 473 páginas.

Las fronteras entre la Historia y la Literatura, especialmente desde la obra *Metahistoria* del historiador Hayden White (1973)¹, han producido una gran cantidad de polémicas entre los intelectuales. Muchas veces provocando un distanciamiento entre ambas disciplinas. Sin embargo, el libro *Nuevos Cronistas de Indias* de Carolina Pizarro², desde la literatura, abre puentes de comprensión para el entender las formas de narración del pasado colonial latinoamericano, problematizando las nociones de verdad y ficción.

La autora hace una revisión profunda de las novelas sobre el descubrimiento y conquista publicadas entre 1978 y 2003 en búsqueda de entender esta “Nueva crónica de Indias”³.

¹ Hayden White, *Metahistoria* (Ciudad de México: F.C.E, 1992)

² Este libro corresponde a su tesis doctoral realizada en la Universidad de Konstanz.

³ Los novelistas analizados son el escritor argentino Abel Posse (*Daimón, Los perros del paraíso y El largo atardecer del caminante*), de los mexicanos Homero Aridjis (*1492. Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla y Memorias del Nuevo Mundo*) y Herminio Martínez (*Diario maldito de Nuño de Guzmán, Las puertas del mundo, Invasores del Paraíso y Lluvia para la tumba de un loco*), de los cubanos Alejo Carpentier (*El arpa y la sombra*) y Antonio Benítez Rojo (*El mar de lentejas*), del venezolano Miguel Otero Silva (*Lope de Aguirre. Príncipe de la libertad*), del paraguayo Augusto Roa Bastos (*Vigilia del Almirante*), del español Vicente Muñoz Puelles (*El último manuscrito de Hernando Colón*), de los uruguayos Napoleón Baccino Ponce de León (*Maluco (la novela de los descubridores)*) y Alejandro Paternain (*Crónica del descubrimiento*);

Como parte de la “Nueva Novela Histórica”, estos textos se definen como “relatos polémicos que dialogan con otras versiones del pasado, particularmente la historia” (9). A través de las licencias creativas dadas por la literatura, les permite “una imagen más certera y ajustada del pasado que aquella que proponen los textos históricos” (10). En ese sentido, a través de seis secciones además de una introducción y una conclusión, la autora propone observar cómo estas novelas le disputaron espacios de comprensión histórica a las construcciones del pasado tradicionales.

En la primera parte, “El lugar de la enunciación”, la escritora busca entregar el marco conceptual en donde se desenvuelve su tesis. En ese sentido, intenta dilucidar la “pertinencia epistemológica” de la literatura en la construcción de versiones sobre el pasado (13). Destaca que tanto la Literatura como la Historia son construcciones lingüísticas de carácter literario, a las que tradicionalmente se le han otorgado campos distintos: el primero el de la fantasía y el segundo el de la verdad histórica. Siguiendo a intelectuales como Robín Collingwood, Roland Barthes, Hayden White, Paul Ricoeur y Walter Mignolo, y dentro de los paradigmas de la posmodernidad y poscolonialidad, el texto busca desenmascarar la “ilusión referencial” –en palabras de Barthes– de la narración histórica (24). En ese sentido, se propone relativizar la historia como representantes de una verdad unívoca y

de los chilenos Jorge Guzmán (*Ay Mamá Inés (crónica testimonial)*), Antonio Gil (*Hijo de mi*) y Rosa Miquel (*La invasión a un mundo antiguo*); y, finalmente, la de los argentinos Juan José Saer (*El entonado*) y Elio Brailowsky (*Esa maldita lujuria*).



difuminar, en cierta medida, la frontera entre ambas disciplinas (27).

La autora busca posicionar la evidente subjetividad de la historia, desdibujando su criterio de cientificidad y de verdad unívoca. Por lo tanto, la historia sería una “versión particular acerca de los hechos y procesos del pasado, como una forma de explicación que no es ni puede ser definitiva” (29). De esta manera, la nueva crónica sería una forma de liberación de las tradicionales narrativas oficiales (72). No queda claro, sin embargo, a que se refiere con la “verdad histórica oficial”: ¿a las crónicas escritas entre los siglos XVI y XVII? ¿la historiografía positivista del siglo XIX? ¿la revisionista de mediados del siglo XX? ¿o, posiblemente, los cursos de historia dictados en las escuelas? Cualquiera sea el caso, la autora descuida la historia de la historiografía misma, especialmente al determinar detalladamente la diferencia entre historia y crónica, así también como el rol de la historiografía colonial en este debate⁴.

Por otro lado, si bien utiliza historiadores para delimitar las relaciones entre historia y literatura, se extrañan la incorporación de obras clásicas como el libro “El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio” (2006) del historiador Carlo Ginzburg; “La verdad de la Historia” (1999) de las historiadoras norteamericanas Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob; y “Memoria, historia y olvido” (2000), la gran obra de

Paul Ricoeur⁵. En ellas se detallan las profundas implicaciones éticas de la labor del historiador y la historicidad que ha tenido el concepto de verdad dentro de la investigación histórica.

Desde la segunda parte, la autora se dedica a realizar un exhaustivo análisis formal, temático y conceptual del corpus ya señalado. Estas “Nuevas Crónicas de Indias”, como señala en algunas páginas antes, tienen una fuerte relación intertextual con las crónicas de la conquista, que permite recogerlas y reescribirlas generando una nueva interpretación sobre la conquista desde lo polifónico, lo subalterno y lo colonial (94-96).

La segunda parte, buscan ahondar en las características formales desde su tipología textual hasta la figura del narrador (103). Muy interesante es observar el “travestismo” que vislumbra la autora a partir de la incorporación de distintas formas discursivas referenciales que utilizan los nuevos cronistas (105), desdibujando la frontera de lo verdadero. Esto se da a partir de la incorporación de documentos primarios y secundarios, verdaderos o falsos, como cartas, crónicas, memorias, diarios íntimos y confesiones. De esa manera se incorporan voces descentradas y multiformes que escapan al poder colonial.

En la tercera parte, analiza la intertextualidad utilizada en las novelas, es decir, el análisis de “las palabras que un hablante ocupa [que] están atravesadas por esos usos anteriores” (165). De esta manera, la nueva crónica “crea un nuevo lugar de enunciación” en el pasado, lo que

⁴ Especialmente interesante es el trabajo de Jorge Cañizares-Esguerra pues investiga los cambios ocurridos en el siglo XVIII de la forma de contar la historia de Latinoamérica, separándose de la crónicas de conquista a inicios del s. XVI: Jorge Cañizares-Esguerra, *Cómo Escribir La Historia Del Nuevo Mundo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2007).

⁵ Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio* (Buenos Aires: F.C.E., 2010 [2006]), Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *La verdad sobre la historia*, (Santiago de Chile: Andrés Bello, 1999 [1994]) y Paul Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido* (F.C.E.: Buenos Aires, 2000)

permite narrar otra vez los acontecimientos. Además, las mismas narraciones se van nutriendo de otro tipo de textos, otorgándole mayor referencialidad, como lo son la historia, la literatura y la filosofía (167).

En la cuarta parte, la autora analiza estas novelas a través de su carnavalización. En ese sentido, las ve como espacios de polifonía que permite generar una subversión de la historia tradicional, invirtiendo los papeles (275-278). Así analiza los opuestos bipolares Descubridor (encubridor)/descubierto, conquistador/conquistado, civilización/barbarie, bondad/maldad (indio/europeo, judío o moro/español, conquistador desplazado/poder imperial) y señor/súbdito. En sentido, aquí se observa de forma clara el rol subversivo y liberador de estas novelas, pudiendo incluso narrar cómo América conquistó a Colón (287).

Finalmente, en su quinta parte, la autora observa las diferentes concepciones de tiempo y espacio de las obras. De esta manera, el tiempo deja de ser lineal—como lo supone la historiografía⁶— y pasa a ser cíclico e incluso se va reviviendo el pasado mientras se va relatando (378). Se va reconstruyendo un pasado alternativo con un tiempo que es siempre problemático y fragmentado (381-404).

Por otro lado, el espacio se deconstruye y se descubre de las capas ideológicas con las que carga a partir de las creencias, miedos y preconcepciones que traen los conquistadores (423). Se observa como un paraíso terrenal donde pudo haber sido posible una utopía política.

Más allá de las críticas que pueden realizarse desde la Historia, es rescatable la prolijidad del análisis de la autora en su corpus. Sin lugar a dudas, este texto abre la puerta a un diálogo más directo con la historia colonial y sus fuentes. Por eso, invito, a la luz de lo señalado por Iván Jablonka en su libro “La historia es una literatura contemporánea” (2014)⁷, a profundizar el análisis literario de las obras históricas, especialmente aquellas que han revisado y otorgado voz a los vencidos y subalternos en el mismo periodo analizado por la autora⁸. Sería interesante, por tanto, observar sincrónicamente ambas formas de hacer presente el pasado.

José Araneda Riquelme
Estudiante de Magister en Historia
Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica
Santiago, 10 de mayo 2017.

⁶ La historiografía no sólo ha utilizado una forma de tiempo lineal. También existe una serie de recursos, como los señalados en John Lewis Gaddis *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, (Barcelona: Anagrama, 2004 [2002]), como el análisis diacrónico y sincrónico, además de la utilización de distintas escalas temporales. Esto último especialmente se ha discutido desde de la obra de Fernand Braudel, “La larga duración” en *Historia y las ciencias sociales* (Madrid: Alianza, 1970), p. 60-106. Por eso es necesario dilucidar a qué tipo de historia (o crónica) está apelando.

⁷ Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea* (Buenos Aires: F.C.E., 2016 [2014]).

⁸ Como los pioneros trabajos de Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959); Nathan Wachtel, *La visión de los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, (Madrid: Alianza Editorial, 1976); y Tzvetan Todorov, *La Conquista de América. El problema del otro*. (México: Siglo XXI, 2007 [1987]).

